

13/2019

31 de octubre de 2019

*Luis de la Corte Ibáñez*

Un califato sin territorio ni califa.  
Vida y muerte de Bagdadi y sus  
consecuencias para el futuro de  
Daesh y la yihad global

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

## Un califato sin territorio ni califa. Vida y muerte de Bagdadi y sus consecuencias para el futuro de Daesh y la yihad global

### Resumen:

El pasado 25 de octubre Abu Bakr al Bagdadi, líder de Daesh (el autodenominado Estado Islámico) y uno de los terroristas más buscados del mundo murió durante una operación militar realizada por un comando de fuerzas especiales estadounidenses en una aldea del noroeste de Siria. Tras ofrecer un breve perfil de Bagdadi, el presente artículo describe la operación que acabó con su vida, situándola en el marco de la lucha emprendida contra Daesh a partir del año 2014, y considera sus posibles implicaciones para el futuro de dicha organización y del movimiento yihadista global.

### Palabras clave:

Abu Bakr al Bagdadi, Daesh, Estado Islámico, Yihadismo, Al Qaida, Siria, Irak, Movimiento Yihadista Global.

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos Marco** son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

## *A caliphate without territory or caliph. Life and death of Bagdadi and its consequences for the future of Daesh and global jihadist movement*

### *Abstract:*

*On October 25, Abu Bakr al Baghdadi, leader of ISIS (the so called Islamic State), one of the most wanted terrorists in the world died during a military operation conducted by a US special forces command in northwestern Syria. After offering a brief profile of Baghdadi, this article describes the operation that ended his life within the framework of the fight against Daesh since 2014, and considers its possible implications for the future of that terrorist organization and the global jihadist movement.*

### *Keywords:*

*Abu Bakr al Bagdadi, Daesh, Islamic State, jihadism, Al Qaida, Syria, Iraq, Global Jihadist Movement.*

### **Cómo citar este documento:**

DE LA CORTE IBÁÑEZ, Luis. *Un califato sin territorio ni califa. Vida y muerte de Bagdadi y sus consecuencias para el futuro de Daesh y la yihad global*. Documento de Marco IEEE 13/2019. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie](#)<sup>3</sup> (consultado día/mes/año)

## Introducción

La tarde del 26 de octubre, el actual presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, compareció ante las cámaras de televisión para anunciar al mundo que en la noche del día anterior Abu Bakr al Bagdadi, líder de la organización extremista conocida como Daesh (el autodenominado Estado Islámico), había resultado muerto en el transcurso de una operación militar llevada a cabo en el noroeste de Siria. Como el mismo presidente Trump se encargó de subrayar, con Bagdadi muerto Estados Unidos ha visto cumplido uno de los principales objetivos de su política de seguridad nacional, pero la trascendencia del incidente va mucho más allá.

La desaparición del fundador de Daesh marca un nuevo hito en el conflicto que desde otoño de 2001 ha venido enfrentando a Estados Unidos y una larga lista de países con el movimiento yihadista global, cuyo liderazgo fue asumido por el propio Bagdadi a mediados de 2014. En más de un sentido, por tanto, la trascendencia de la operación militar que ha acabado con su vida es comparable a la que en mayo de 2011 puso fin a la de Osama bin Laden, creador y primer líder de Al Qaida. Para poner estas valoraciones en la perspectiva adecuada hará falta repasar los aspectos más relevantes sobre la trayectoria del mismo Bagdadi como militante yihadista y el papel desempeñado en la constitución del Daesh. De igual modo, la operación del 25 de octubre debe ser enmarcada en el contexto de la guerra abierta contra Daesh a partir de 2014 que, ya antes de causar la muerte de su líder, llevó a dicho grupo a perder la mayor parte del inmenso poder acumulado en tierras de Siria e Irak hasta 2015. Tras ocuparnos brevemente de lo anterior, revisaremos las informaciones disponibles en fuentes abiertas sobre los pormenores de la operación militar, desembocando luego en algunas reflexiones sobre las posibles consecuencias que la muerte de Bagdadi podría traer para el futuro de Daesh y del movimiento yihadista global en su conjunto.

## De predicador a califa

El nombre de Abu Bakr al Bagdadi, en realidad una kunya o sobrenombre típico árabe inventado, se dio a conocer internacionalmente a principios de julio de 2014. Un mes antes, aproximadamente, la organización insurgente que en los últimos años había portado el título de Estado Islámico de Irak y el Levante (EIL), originalmente constituida

como filial de Al Qaida, y que desde 2010 estaba siendo liderada por Bagdadi, había sorprendido al mundo al irrumpir en Mosul, la principal capital del norte de Irak, donde unos mil combatientes no tuvieron dificultad en conquistar una ciudad con un millón y medio de habitantes. El 29 de junio, Abu Mohamed al Adnani, el portavoz del EILL, emitía un comunicado con el que anunciaba el propósito de establecer un califato, es decir, un Estado que, como otros antes instaurados por los discípulos de Mahoma hasta 1924, fecha en que cayera el último de ellos en Turquía, tuviera como fin imponer la *sharia* o ley islámica y extender sus dominios a lo ancho y largo del mundo musulmán. En ese mismo mensaje, además, Adnani señaló a Abu Bakr al Bagdadi como el nuevo «imán y califa de todos los musulmanes». Por fin, el viernes 4 de julio de 2014, Bagdadi, subió al púlpito de Al Nuri, la Gran Mezquita de Mosul, permitiendo por primera vez que se captara su imagen, y confirmó su condición de califa. El rostro de Bagdadi solo volvería a ser grabado una vez más, en un video emitido en abril de 2019, y hasta el mismo día de su muerte se mantuvo como líder político y religioso de Daesh, siendo objeto de innumerables especulaciones relativas a su identidad, su grado de implicación en las decisiones principales que orientaron la actividad de la organización y su paradero.

Ibrahim Awwad Ibrahim al Badri, nombre auténtico de Bagdadi, nació en 1971 en la parte central de Irak. Concretamente, en Al Jallam, una aldea cercana a Samarra, ciudad situada 120 kilómetros al norte de Bagdad, que entre 836 y 892 albergó la capital del califato abasí (750-1258), fundado por un tío de Mahoma. Esta localización no es independiente del hecho de que Bagdadi naciera en el seno de una familia conservadora suní emparentada con los *quraysh*, la tribu a la que perteneció el Profeta, cuyos miembros, según dicta una tradición islámica, solo los únicos legítimos aspirantes a asumir la dirección del califato. La vida vivida por Bagdadi hasta convertirse en el califa quedó marcada, por un lado, por su natural carácter reservado, severo y profundamente religioso, y por unas pocas experiencias e influencias decisivas. En Samarra, donde pasaría su infancia, Bagdadi, que no destacaba en la escuela, sí lo hizo en las clases recibidas para memorizar el Corán, lo que luego le llevaría a cursar estudios islámicos universitarios en Bagdad y adquirir dotes como predicador. Aunque durante años se ha dicho que Bagdadí adquirió su orientación extremista durante su estancia en una prisión iraquí durante 2004, lo cierto es que su

proceso de radicalización se inició con antelación, tal vez cuando al graduarse en estudios islámicos entró a formar parte de la rama iraquí de Hermanos Musulmanes. Antes de ser encarcelado ya había tenido contactos con un grupo extremista del que formaban parte algunos militantes yihadistas veteranos de Afganistán, y algunas informaciones apuntan que tuvo participación en la fundación en 2003 de un pequeño grupo islamista, *Jamaat Jaiysh Ahl al Sunnah wal Jamaah*, creado para atacar a las fuerzas ocupantes estadounidenses que habían invadido Irak en el mes de marzo. El internamiento en prisión, que indudablemente reforzaría su deriva radical, no está claro que estuviera motivado por aquella, pues no se habría producido cómo lo hizo de no haberse encontrado en el lugar equivocado en el momento menos oportuno: en Falulla, una ciudad en la que Bagdadi no residía, cuando a principios de 2004 visitó a su hermana y su cuñado, quien estaba siendo buscado por su participación en ciertas acciones contra las fuerzas ocupantes estadounidenses. El hecho de encontrarse con su cuñado en el momento en que este fue detenido le costó, sin embargo, pasar los siguientes once meses en *Camp Bucca*, una prisión regida por el ejército estadounidense situada en el sur de Irak.

En Camp Bucca, donde comenzó a ser conocido como Abu Dua, Bagdadi aprovechó su conocimiento del islam para ganarse la confianza de muchos internos yihadistas quienes, asimismo, quedaron gratamente impresionados por sus posiciones extremistas y su aversión hacia los prisioneros chiíes. Después de ser evaluado como un preso escasamente peligroso, fue liberado a finales de 2004 y hasta finales de la década las autoridades militares estadounidenses no volvieron a tener noticias suyas. Sin embargo, nada más abandonar la prisión Bagdadi comenzó a colaborar con algunos mandos insurgentes fieles a Abu Musab al Zarqawi, carismático líder yihadista jordano quien, precisamente en diciembre del citado año, fue reconocido públicamente por Osama bin Laden como emir de Al Qaida en Irak (AQI). Tras una etapa en la que ayudó a coordinar la actividad propagandística de AQI y el traslado a Irak de combatientes extranjeros llegados a Siria para integrarse en filas de la propia AQI y otros grupos insurgentes, Bagdadi fue incrementando su estatus dentro del universo de la insurgencia yihadista iraquí. Primero, convirtiéndose en el emir del Comité para la Sharia y la Comunidad, un pequeño grupo sectario que colaboraba con AQI y tenía su base en la provincia de Diyala. A continuación, cuando a primeros de enero de 2006

dicho grupo anunció su integración en el Consejo de la Shura Muyahidín, una coalición de fuerzas yihadistas urdida por el fundador de AQI, Bagdadi pasó a formar parte de la dirección del citado Consejo. Después de la muerte de Zarqawi, ocasionada por un ataque con drones estadounidenses en julio de 2006, AQI pasó por una etapa de transición que culminaría con la adopción de un nuevo nombre, Estado Islámico (EI), cuyo primer sería Abu Omar al Bagdadi, otro iraquí descendiente de la tribu Quraysh. En los años siguientes, Abu Bakr al Bagdadi se convertiría en mensajero y asistente personal de Abu Omar y asumiría el control de un contingente propio de combatientes que operarían en torno a Al Qaim, ciudad ubicada la provincia central iraquí de Al Anbar, limítrofe con Siria, y que desde años atrás había venido funcionando como puerta de entrada para militantes extranjeros. Allá por 2008 Bagdadí dio un nuevo salto en su carrera militante tras ser nombrado máxima autoridad del EII en Mosul. Finalmente, después de que en marzo de 2010 el ejército de Estados Unidos acabara con la vida de Abu Omar y de su influyente adjunto, el veterano yihadista egipcio Abu Hamza al Muhajir, Abu Bakr al Bagdadi, alias Abu Dua, sería elegido como nuevo emir del EII.

Su autoproclamación como califa en 2014 quizá haya oscurecido el decisivo papel desempeñado por Bagdadi en los años anteriores, como emir del EEI. Cuando asumió esa posición la organización se encontraba en un momento crítico. La eliminación de Abu Omar y Abu Hamza había sido el último gran revés encajado por el EII después de otros muchos anteriores. Ambos líderes ya habían tenido que trabajar a fondo para mantener vivo el proyecto en su día concebido por Zarqawi, quien ya había imaginado la instauración de un Estado Islámico en tierras de Irak y el Levante (Siria). Sobreponiéndose a numerosas derrotas y pérdidas infligidas por el levantamiento de muchas tribus árabes suníes de Irak en el marco del movimiento del Despertar (*Sahwa*), iniciado en 2006, y por el Refuerzo (*Surge*), la nueva y exitosa estrategia militar aplicada por Estados Unidos para Irak a partir de 2007, Omar y Hamza habían conseguido reestructurar el EII, preparándola para sobrevivir en condiciones de máxima presión y para desempeñar las futuras funciones propias de un Estado incipiente. Pese a ello, algún golpe de suerte y el trabajo continuado de los servicios de inteligencia estadounidenses, jordanos e iraquíes dieron como resultado la muerte de las dos principales autoridades del EII y de otros muchos líderes: en los noventa días que siguieron a su muerte 34 de los 42 grandes cargos el EII serían también detenidos

o eliminados. Estados Unidos pensó que aquellas victorias condenarían al EII a la marginalidad. Sin embargo, Abu Bakr al Bagdadi sabía dar la vuelta a la situación aliándose con varios altos mandos militares y agentes de inteligencia del régimen de Sadam Hussein a los que había conocido en Camp Bucca y promoviendo una campaña de ataques a líderes tribales para forzarles a dejar de colaborar con el Estado iraquí y las tropas internacionales. Dos sucesos ocurridos en 2011 ofrecerían nuevas oportunidades para aumentar los poderes del EII. El cumplimiento de un compromiso asumido por el presidente Obama en 2008, hizo que en 2011 Estados Unidos retirara sus tropas de Irak: entre octubre y diciembre de ese año los últimos 39 000 efectivos militares estadounidenses volvieron a su país. Atrás quedaba un ejército iraquí que todavía no estaba preparado ni dispuesto para cubrir su ausencia, lo cual aumentaría enormemente el margen de movimientos de los grupos insurgentes y del propio EII, cuya actividad operativa experimentó una progresión a partir de ese mismo año. También en 2011 la situación creada en Siria tras la aparición de un movimiento de protesta similar a los que surgieron en otros países del mundo árabe evolucionó rápidamente hacia una guerra civil donde no tardaría en llegar la influencia de salafistas y yihadistas. En cuanto la coyuntura de seguridad comenzó a deteriorarse en Siria, la mayoría de los yihadistas sirios que habían entrado a combatir a Irak a partir de 2003 vieron la oportunidad de asumir un papel en la rebelión contra el presidente Bashar al Assad y su régimen dominado por alauíes, una rama del islam chií aborrecido por los salafistas, y apoyado por Irán, la gran potencia chií. El propio líder de Al Qaida Ayman al Zawahiri se pronunció sobre la necesidad de que fuerzas yihadistas lucharan contra Assad y la idea también gustó a Bagdadi, quien para facilitar la introducción de combatientes del EII en agosto de 2011 Siria envió a su más importante comandante de nacionalidad siria, Abu Mohamed al Golani. Pocos meses después, Golani creó su propio grupo yihadista para combatir en Siria, al que dio el nombre de Frente al Nusra, lo cual nos lleva al siguiente hecho determinante en la trayectoria de Bagdadi como líder yihadista.

Cuando Golani decidió sumar sus fuerzas a la de otros grupos yihadistas presentes en Siria y crear el Frente al Nusra pensó desde el principio que esa nueva fuerza debería asumir la representación de Al Qaida en Siria y actuar de forma independiente respecto al EII. En cambio, Bagdadi esperaba que el grupo que había ayudado a crear

mantuviera su subordinación al EII, que seguía siendo reconocido como una filial de al Qaida. Por ese motivo, en abril de 2013 Bagdadi optó por anunciar que a partir de entonces el EII tomaría el control del Frente al Nusra, adquiriendo por ello la denominación de Estado Islámico en Irak y el Levante (EIIL). De inmediato, Golani hizo un comunicado para publicitar su rechazo a la absorción y proclamar su lealtad al emir de al Qaida, Ayman al Zawahiri. Golani esperaba que esta apelación a una autoridad superior resolviera el conflicto y encontró que el propio Zawahiri se ponía de su lado, pronunciándose a favor de mantener separadas las representaciones de Al Qaida en Siria. Ello requería, de hecho, que Bagdadi abandonase su proyecto de construir un Estado Islámico en Irak y el Levante (EIIL) y centrara sus actividades en Irak. No obstante, Bagdadi hizo caso omiso y, asumiendo bajo su dirección a la mayoría de los combatientes extranjeros que se encontraba incorporados a las filas del Frente al Nusra, los movilizó a enfrentarse con sus compañeros. En el verano de 2013 militantes fieles a Bagdadi tomaron Raqqa, importante ciudad situada al norte de Siria en la provincia de igual nombre que, desde entonces quedaría bajo control del EIIL. Una serie de operaciones lanzadas desde esa nueva base llevaría a la liberación de varios cientos de militantes yihadistas que permanecían recluidos en diversas prisiones y que se unieron al EIIL, reforzando con su experiencia las capacidades militares del grupo. En enero de 2014 miembros del Frente al Nusra y del EIIL protagonizaron duros enfrentamientos en la provincia oriental de Deir ez Zor (que pudieron ocasionar hasta 3000 bajas entre ambos bandos). Debido a ello, en febrero de 2014 Zawahiri anunció públicamente que rompía relaciones, siendo esta la primera vez en que Al Qaida renegaba de una sus filiales.

La conquista de Raqqa proporcionó a Bagdadi la plataforma necesaria para consolidar y ampliar posiciones en la parte oriental de Siria. Por su parte, en Irak, país que desde 2011 había entrado también en una aguda crisis política, económica y social, el EII, luego EIIL, había ido logrando aumentar su presencia y operatividad en varias provincias del centro y el noroeste del país limítrofes con Siria, donde se concentra el grueso de una población suní entre la que había vuelto a crecer el descontento ante las evoluciones de un gobierno controlado por partidos chiíes y kurdos. En consecuencia, en enero de 2014 el EIIL había logrado rendir Faluya, ciudad con larga tradición de

apoyo a grupos islamistas e insurgentes situada a unos escasos 65 kilómetros de Bagdad, y asimismo Ramadi, otra ciudad de la provincia central de Al Anbar. En los meses siguientes las fuerzas de Bagdadi, quien ya para entonces había sido señalado por Estados Unidos como uno de los terroristas más buscados del mundo, actuarían con poder creciente en todo el norte y el centro de Irak, al tiempo que prodigaba los atentados en centros urbanos principalmente dirigidos contra civiles chiíes (unos 9 000 habían muerto ya a causa de esa actividad durante 2013<sup>1</sup>). Y así fue como el EIL llegó a principios de junio a Mosul, ciudad bien conocida por su líder y elegida seguramente por ello para anunciar el restablecimiento del califato y llamar a los musulmanes de todo el mundo a poblarlo. Bagdadi optó entonces por volver a cambiar el nombre de su organización a la que, como muestra de su ambición de extender el califato recién instaurado, pasó a denominar simplemente Estado Islámico o Daesh, por usar el acrónimo formado con sus siglas originales en árabe. En el discurso pronunciado en la Gran Mezquita de Mosul exhortó a la audiencia a «apoyar la religión de Alá a través de la yihad y aterrorizar a sus enemigos».

### **Auge y declive de Daesh**

Tras proclamarse califa Bagdadi volvió a ocultarse, delegando la gestión de los asuntos operativos en sus subordinados, pero manteniendo las riendas del proceso de construcción estatal, que todavía se beneficiaría de nuevas conquistas. En agosto de 2014 Daesh atacó Sinyar, región montañosa incluida en la provincia de Nínive, habitada por yazidíes, seguidores de una secta religiosa que los yihadistas consideran «adoradores del diablo», kurdos, turcomanos y miembros de otras minorías, que se vieron forzados a huir. Otras ofensivas promovidas para tomar la región autónoma del Kurdistán y alcanzar Bagdad fracasaron, lo cual no impidió que a finales de 2014 Daesh hubiera logrado poner bajo su control un área de 88 000 km cuadrados que comprendería una tercera parte del mapa de Irak, y la mitad de los territorios de Siria, habitada por cerca de 8 millones de personas.

Los elementos que mejor definieron el periodo de dominio territorial de Daesh son bien conocidos. En el ámbito militar mostraría sus capacidades para desarrollar combates a campo abierto y emplear armamento pesado. Se desplegó una actividad mediática

intensísima y sofisticada que tendría como objetivos principales atraer nuevos combatientes desde el extranjero, dar conocer las bondades del califato y los beneficios concedidos a todos los que se prestaran a vivir bajo sus dominios y publicitar las victorias de sus soldados. En parte gracias a ello, Daesh pudo absorber la mayor parte de los miles combatientes extranjeros que optarían por abandonar sus lugares de residencia para hacer la yihad en Siria e Irak. Los saqueos realizados en cada ciudad y pueblo conquistado, la exportación ilegal de petróleo, antigüedades, obras de arte y restos arqueológicos, la imposición de impuestos y otras tasas, los rescates cobrados para liberar a rehenes y las donaciones aportadas por simpatizantes de la causa del califato permitieron acumular miles de millones que servirían para financiar la creación y sostenimiento del nuevo proto-Estado, la actividad de su ejército y el apoyo a otros grupos yihadistas extranjeros. La organización desarrolló un aparato administrativo sofisticado y eficiente, que incluiría un sistema de asistencia social. Todos los musulmanes suníes residentes en sus dominios fueron obligados a abandonar la práctica de cualquier costumbre no islámica (consumo de alcohol, tabaco, drogas, música occidental, actividades) y vivir conforme a una interpretación extrema y retrógrada de la sharia, cuyo cumplimiento sería vigilado por una policía religiosa y sancionado por severos tribunales islámicos. Todas las mujeres fueron forzadas a ocultar sus rostros y abstenerse de realizar cualquier actividad con varones y todos los niños serían adoctrinados en los principios del salafismo más radical y en la fidelidad al nuevo califa y su Estado. Los cristianos debieron elegir entre pagar un impuesto oficial para poder mantener sus propias costumbres religiosas o convertir al islam. Enemigos y prisioneros, presuntos traidores y transgresores de los principios islámicos, así como homosexuales, chiíes, kurdos y miembros de cualquier otra minoría serían objeto de una brutalidad extrema que incluiría decapitaciones, crucifixiones, lapidaciones, amputación de miembros, torturas y otros tratos crueles. Cabe advertir que el propio Bagdadi llegó a participar en algunas de esas acciones. Durante el ataque a Sinyar, más de 5 000 yazidíes varones mayores de 15 hechos prisioneros años fueron eliminados, mientras las mujeres serían violadas y convertidas en esclavas, llevando a Naciones Unidas a atribuir a Daesh un delito de genocidio. Finalmente, la influencia del califato se extendió mucho más allá de Siria e Irak. Las victorias reales pero exageradas publicitadas por Daesh le permitieron reproducir la estrategia antes aplicada por Al Qaida para establecer una red de grupos yihadistas leales, llegando a

reconocer más de una docena de wilayas («provincias» en árabe) donde dichos grupos tenían presencia y capacidad operativa, repartidas por distintos países de Oriente Próximo y varias partes de África y Asia. Simultáneamente, la organización de Bagdadi dirigiría varios ataques terroristas y alentaría e inspiraría a simpatizantes suyos a realizar otros muchos que serían llevados a cabo en cerca de 30 países diferentes, entre ellos la mayoría de los atentados de motivación yihadista que fueron perpetrados en varios países europeos entre 2014 y 2017, cobrándose la vida de más de 350 personas, muertas durante el transcurso de una campaña que se cerró con los ataques de Barcelona y Cambrils, ocurridos en agosto de 2017, con 16 víctimas mortales.

Con todo, dados los limitados recursos de los que Daesh pudo disponer y la cantidad de enemigos poderosos internos y externos a los que debía hacer frente, su proyecto de mantener y sostener un Estado en tierras de Siria e Irak era demasiado ambicioso para prosperar. A finales de 2014 la capacidad para conquistar territorios bajo su control había encontrado sus propios límites. Y las dificultades experimentadas para retener los espacios ganados a los Estados de Siria e Irak y otras fuerzas insurgentes de ambos países no harían más que crecer desde septiembre del mismo año, cuando el presidente Obama activó una amplia coalición de países destinada a combatir a Daesh, tanto empleando recursos propios como respaldando a una diversidad de milicias locales, al tiempo que Irán, Rusia y Turquía optaban también por complementar esa iniciativa con otros apoyos propios. Hasta finales de 2015 la organización yihadista resistió bien los primeros compases de la contraofensiva emprendida por sus enemigos estatales y no estatales. Sin embargo, a partir de 2016 las derrotas infligidas gracias a la convergencia de intensos bombardeos aéreos y sucesivas ofensivas terrestres se irían acumulando, produciendo una merma progresiva de combatientes, armas, recursos y territorios<sup>ii</sup>. A mediados de 2016 unos 45 000 combatientes fieles a Bagdadi habían causado baja y al terminar ese mismo año Daesh había perdido ya más del 50% del espacio anteriormente conquistado en Irak y cerca del 30 % ocupado en Siria. El retroceso aún sería mucho mayor en 2017, cuando cayeron todas las ciudades importantes. En Irak, el ejército iraquí, ayudado por varias milicias, lograrían tomar Faluya, Ramadi, Mosul y Tal Afar; en Siria, sobre todo, Raqqa y Deir ez Zor. Por su parte, en Siria las Fuerzas Democráticas de Siria (FDS) coalición de grupos rebeldes dominada por las fuerzas kurdas conocidas como Unidades de Protección del Pueblo

(UPP), liberarían Raqqa, mientras el ejército sirio, ayudado por fuerzas rusas, haría lo propio con la amplia provincia de Deir ez Zor. En consecuencia, a finales de 2017 los soldados del califato solo retenían ya el 5 % del espacio capturado entre 2013 y 2014. A partir del año siguiente la organización cambiaría de estrategia, volviendo a priorizar la actividad clandestina, prodigando acciones de guerrilla y atentados terroristas, a la espera de que la coyuntura cambiase. Y por fin en marzo de 2019, las FDS se impusieron a Daesh en la batalla de Baghuz, ciudad siria próxima a la frontera con Irak situada en el valle del Éufrates, cayendo así el último núcleo urbano sometido a la autoridad del califato. Miles de combatientes yihadistas se rindieron en Baghuz, antes de ser enviados junto con sus familias a varios centros de detención establecidos en el sur de Siria o alguna cárcel iraquí. Aunque Bagdadi no estaría entre ellos. Al mes siguiente, sin embargo, el autodenominado califa haría su segunda y última aparición a rostro descubierto en un video, advirtiendo que «la guerra del islam contra los cruzados y sus colaboradores es larga». Meses después, en su último mensaje de audio, emitido el pasado agosto Bagdadi urgió a sus seguidores a perseverar en la lucha, a pesar de las derrotas que todavía estuvieran por venir.

### **Una operación inesperada y una localización sorprendente**

Desde finales de 2001 una parte considerable de los esfuerzos y recursos aplicados por las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia estadounidenses para desarrollar su lucha contra el movimiento yihadista global se ha dedicado a operaciones dirigidas a detener y abatir a los líderes y miembros más prominentes de dicho movimiento. Sin duda, el mayor éxito cosechado a ese respecto fue la operación llevada a cabo en Pakistán en mayo de 2011, que acabó con la vida de Osama bin Laden, y que guarda algún paralelismo con la realizada para atrapar a Bagdadi en octubre de 2019. Pero la implicación en operaciones de «decapitación», la gran mayoría de ellas realizadas mediante ataques desde el aire mediante el uso drones o aviones no tripulados, ha sido ininterrumpida. Por citar un caso reciente de gran relevancia, solo un mes antes de la muerte de Bagdadi, Estados Unidos consiguió localizar y matar a Hamza bin Laden, uno de los hijos del fundador de Al Qaida, sobre quien había razones para pensar que estaba siendo preparado para asumir la dirección de dicha organización sucediendo a su actual líder, el egipcio Ayman al Zawahiri.

La primera similitud entre la operación que ha acabado con el fundador de Daesh y el primer emir de Al Qaida radica en la dificultad enfrentada por la inteligencia estadounidense para localizar a ambos líderes, objetivo cuyo cumplimiento ha costado bastantes años. A pesar de haber permanecido once meses en una prisión controlada por su ejército, hasta 2010 Estados Unidos no tomó conciencia de la relevancia que Bagdadi había adquirido como líder yihadista en Irak. A partir de ese mismo momento las actividades dirigidas a identificarle, localizarle y neutralizarse se sucedieron, sin dar frutos. Las dificultades para encontrarle parecen haber tenido bastante que ver con las rigurosas y obsesivas medidas de seguridad que el mismo Bagdadi impuso a sus colaboradores más cercanos y a sí mismo, aunque no le obligaran a llevar la vida de plena reclusión que en su día adoptó Bin Laden. En 2015 circularon noticias de que Bagdadi había resultado gravemente herido como resultado de un ataque aéreo realizado en Al Baaj, cerca de Mosul, y que esa situación le había obligado a ceder el control de la Daesh a otros líderes. Luego se informaría de que, tras producirse ese ataque, Bagdadi se habría trasladado a Raqqa, ciudad que se había convertido en la verdadera capital del califato, donde permanecería oculto, limitándose a lanzar de vez en cuando mensajes de audio que contrarrestaran los rumores sobre su persona. En los últimos años fue dado por muerto al menos dos veces. Sin embargo, su paradero continuaría siendo un misterio hasta poco tiempo antes de la operación de octubre. Parece que en enero de 2019 algún servicio de inteligencia europeo le situaba en Baghuz, la última localidad siria que fue arrebatada a Daesh en marzo del presente año. Luego se le supuso oculto en algún punto de las montañas iraquíes próximas a la frontera con Siria (un informe publicado en julio de 2015 por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas afirmaría que Bagdadi y la mayoría de los dirigentes de Daesh habían trasladado su base a Irak) o en el desierto central de Siria, en torno a la provincia de Homs.

Como se apuntó al principio de este análisis, Bagdadi fue localizado en el noroeste de Siria, concretamente en Barisha, una pequeña aldea de la provincia de Idlib, situada a cinco kilómetros de la frontera con Turquía. Las distintas informaciones públicamente disponibles sobre el momento preciso en que Estados Unidos descubrió dicha localización y cómo se obtuvo la inteligencia que sirvió de base a la operación del 25 de octubre no son coincidentes. Según la versión oficial inicial, el paradero del líder de

Daesh solo fue conocido por Estados Unidos un mes antes de realizarse la operación. En cambio, fuentes relacionadas con el *New York Times*, periódico que en los últimos años han proporcionado abundante información de calidad sobre las actividades de Daesh en Siria e Irak, indicaría que desde mediados de julio la CIA contaba ya con las primeras pistas. De acuerdo con esa misma fuente, la operación pudo haberse demorado durante meses debido a que Barisha se haya ubicada dentro del espacio aéreo controlado por Siria y Rusia, a que el complejo residencial en que se ocultaba Bagdadi formaba parte de un complejo que estaría habitado por numerosos civiles y menores, y la preferencia de aguardar a que el objetivo intentara abandonar la aldea. Durante la comparecencia en la que dio la noticia sobre la operación, el presidente Trump reconoció la colaboración de varios países (Rusia, Turquía, Siria e Irak) y de las «fuerzas kurdas de Siria» (las Fuerzas Democráticas de Siria o FDS). Respecto a los Estados colaboradores mencionados en la declaración es imposible saber en qué medida pudieron ayudar a desarrollar las labores de inteligencia que posibilitaron la actuación en Barisha. Lo que sí es seguro es que, como el propio presidente reconoció, las FDS, proporcionaron cierta «información útil». La versión oficial señala que, durante el mes de septiembre, Estados Unidos empezó a «recibir» esas y otras informaciones, aunque que la localización exacta no habría sido descubierta hasta dos semanas antes de la operación. En las horas siguientes a la operación una periodista del *New York Times*, conocida por sus investigaciones sobre Daesh, señalaría en su cuenta de twitter que las primeras informaciones que ayudaron a encontrar a Bagdadi fueron obtenidas gracias al arresto de uno de sus hombres de confianza, un militante sirio, y de su esposa por autoridades iraquíes. Dicha persona habría realizado funciones de correo humano, ocupándose además de trasladar hasta la provincia de Idlib a los hijos de Bagdadi y después a dos de sus cuñadas. Después de que los iraquíes transfirieran esas informaciones a la CIA, los medios tecnológicos de la inteligencia estadounidense y la colaboración con los kurdos en Siria e Irak habrían permitido dar con el complejo residencial donde Bagdadi se ocultaba. Por otra parte, declaraciones realizadas por miembros de las FDS, concretamente por el comandante en jefe de las fuerzas kurdas en Siria, Mazloum Abdi, y uno de sus consejeros, Polat Can, apuntan a que la contribución de los kurdos fue de gran importancia tanto para corroborar que Bagdadi se encontraba en Barisha e incluso para preparar la operación. Conforme a su versión, las FDS empezaron a colaborar con la CIA a mediados de mayo de este año y

prácticamente toda la inteligencia obtenida sobre Bagdadi fue recolectada por los kurdos. Gran parte de la información ofrecida a los agentes estadounidenses habría sido facilitada por una fuente que las FDS habrían logrado reclutar dentro del círculo de confianza de Bagdadi, una persona que habría desempeñado el cargo de consejero de seguridad. El infiltrado habría conseguido encontrar la casa de Barisha y hacerse con una prenda íntima de Bagdadi, de la que se pudo extraer una muestra de ADN con la que se aseguró su identidad. Dicha persona habría proporcionado además las coordenadas necesarias para que los helicópteros estadounidenses llegaran a la casa y participado activamente en la operación que culminó con la inmolación del líder de Daesh. El *New York Times* apoya estas declaraciones.

Por el momento, el itinerario que Bagdadi siguió para llegar a Barisah es un misterio. Las hipótesis planteadas son varias. Pudo llegar a primeros de octubre, justo después de que el presidente Trump anunciara su intención de retirar las tropas estadounidenses establecidas en Siria y de que Turquía iniciara su incursión en el noreste del país, a la que siguió movimientos de efectivos militares sirios y rusos. En septiembre las FDS lanzaron una ofensiva en torno a la ciudad de Hajin, una pequeña ciudad de la provincia oriental de Deir ez Zor, extendida a lo largo del río Eúfrates, donde habían ido a parar decenas de miles de miembros de Daesh y sus familias provenientes de Raqqa y Mosul. Se ha especulado con la posibilidad de que Bagdadi estuviera al empezar la ofensiva que le habría obligado a huir. Lo que está claro es que para llegar a Idlib hubo de transitar alguna zona hostil, atravesando territorios del centro de Siria bajo control de los ejércitos sirio y ruso, o bien desplazándose desde el sur al noroeste, donde hay fuerzas kurdas y turcas. Sin duda, para conseguirlo hubo de contar con la ayuda de algunas personas de confianza, familiares, viejos compañeros de armas, líderes tribales o algún contrabandista que se prestara a guiarle y protegerle a cambio de un pago.

Los detalles sobre la localización de Bagdadi son chocantes. Algunos expertos han advertido que resulta extraño que hubiera ido a buscar refugio a Idlib, última provincia que controlan las fuerzas rebeldes sirias y que está cercada por los ejércitos de Siria y Rusia. Desde tiempo atrás Daesh había tenido presencia en Idlib, recibiendo luego algunos de los combatientes que tuvieron que abandonar Raqqa tras perderla a finales de 2017. El presidente Trump ha dicho que Bagdadi había llegado allí para crear una

nueva capital para el califato, pero esto es dudoso porque en los últimos tiempos Idlib se ha convertido en una zona hostil para Daesh, a medida que varios grupos yihadistas afines a Al Qaida han ganado el control de la zona en perjuicio de los partidarios de Bagdadi, a los que han venido combatiendo sin desmayo. La fuerza rebelde más poderosa implantada hoy en Idlib es Hayat Tahrir al Sham (HTS, Organismo para la Liberación de Levante), reencarnación del antiguo Frente al Nusra que, está dirigida por el fundador de aquel grupo, Abu Mohamed al Golani, el antiguo comandante sirio de Bagdadi que se convirtió en su enemigo tras regresar a Siria para combatir a Assad. El pasado mes de junio se estimaba que este grupo podía contar con no menos de 12 000 combatientes, quizá hasta 15 000. HTS, con Golani al frente, está tratando de crear su propia administración en Idlib, donde obtiene importantes ingresos procedentes del cobro de tasas impuestas a la población local. En Idlib también opera una escisión suya muy cercana a Al Qaida: Hurras al Din (Guardianes de la Religión). Este grupo, no muy numeroso (entre 1 500 y 2 000 combatientes estimados a mediados de este año, la mitad de ellos extranjeros) ni demasiado popular entre la población local siria, surgió a principios de 2018 cuando la dirección de HTS empezó a marcar distancias con Al Qaida, al menos de cara a la opinión pública, lo que no gustó a una reducida facción de su militancia. Así, Hurras al Din es la formación militarmente activa más cercana a Al Qaida y se le ha atribuido la intención de retomar la función asumida hace años por Jorasán, otra pequeña formación yihadista que tuvo corta vida aparecida a mediados de esta década cuando Al Qaida envió algunos operativos a Siria con la misión de aprovechar el caos allí reinante para preparar atentados en países occidentales. Pese a todo, Hurras al Din ha colaborado con HTS en su lucha contra el ejército sirio. Por otro lado, en los meses previos la operación tanto HTS como Hurras al Din han combatido y ejecutado a militantes de Daesh presentes en Idlib. Por eso es extraño que la casa de Barisha en que se encontró a Bagdadi perteneciera a Mohamed al Halabi, un veterano yihadista sirio que al encontrarse en la casa durante la operación fue una de las bajas causadas por el fuego de los soldados estadounidenses. Lo significativo del caso es que Halabi, hombre sumamente comprometido con Al Qaida, había militado en HTS, convirtiéndose luego en el principal líder de Hurras al Din.

La verdadera razón por la que Bagdadi fue a refugiarse a Idlib quizá sea que planeaba escapar de Siria o sacar a su familia de ese país (recuérdese que Barisha estaba muy cerca de la frontera con Turquía) o que supusiera que la confusión derivada de la presencia de una multitud de grupos rebeldes y de la masa de personas desarraigadas (Idlib alojan hoy varios millones de desplazados internos provocados por la guerra civil siria) creaban las condiciones adecuadas para pasar desapercibido<sup>iii</sup>. Una tercera opción, que concuerda con la instalación en la casa del líder de Hurras an Din, es que Bagdadi se hubiera trasladado a Idlib no solo con el propósito de encontrar un refugio, sino para explorar la posibilidad de establecer algún acuerdo de colaboración con grupos afines a al Qaida.

La operación que causó la muerte del líder de Daesh fue bautizada con el nombre de Kayla Muller, en honor a una joven cooperante estadounidense que en 2013 fuera secuestrada en Siria, concretamente en la provincia noroccidental de Aleppo, siendo luego obligada a casarse con Bagdadi y convertirse en su esclava sexual durante los dos años siguientes, antes de morir en circunstancias nunca aclaradas. Conforme a las explicaciones y detalles ofrecidos por las autoridades estadounidenses, el jueves 24 de octubre el presidente Trump recibió la confirmación de Bagdadi había sido localizado en Barisha. Tras ser informado de varias opciones de actuación se optó por una que implicase el envío de una unidad de operaciones especiales, única clase de operación que podía garantizar la confirmación de la identidad del objetivo a capturar. Para preparar la actuación se movilizaría a cincuenta soldados pertenecientes a la Delta Force y setenta a los Rangers que fueron desplazados a la base militar de Al Asad, situada en Erbil, provincia kurda en el norte de Irak. El operativo fue puesto en marcha en la tarde del sábado 25 de octubre, cuando ocho helicópteros Apache y Chinook despegaron trasladando en su interior a los soldados y varios perros rastreadores y de combate. Tras un vuelo de una hora y diez minutos, las naves llegaron a la zona, siendo recibidos con disparos que, sin embargo, no impidieron el aterrizaje. Una vez en tierra, el choque con los militantes continuó mientras los soldados rodearon la casa y usaban un artefacto explosivo para penetrar en ella a través de un agujero abierto en la pared por la deflagración. Una vez en el interior algunos hombres más hicieron frente a los soldados, al tiempo que Bagdadi y dos de sus mujeres se colocaban chalecos explosivos. Bagdadi y tres hijos menores suyos se internaron en red de túneles de

escape excavados en el sótano de la casa, cuya obra no estaba terminada. Las mujeres que portaban los chalecos explosivos cayeron antes de poder activarlos. Los perros siguieron a Bagdadi y sus hijos a través de los túneles y los acorralaron, alertando de su ubicación a los soldados, pero antes de que estos pudieran llegar a acercarse el terrorista activó su chaleco, provocando una explosión que acabó con su vida y la de sus tres hijos, e hiriendo a uno de los perros. Cinco combatientes adultos cayeron abatidos dentro de la casa y varios más en su exterior. Entre ellos, como ya se ha dicho, figuraría Mohamed al Halabi. Dos combatientes más fueron capturados. Todos los soldados resultaron ilesos y permanecieron unas dos horas en el complejo, tiempo durante el cual realizaron las pruebas de ADN que volvieron a confirmar la identidad de Bagdadi y se incautaron una gran cantidad de material e información sensibles. Cuando los helicópteros abandonaron la zona, seis misiles lanzados por varios aviones de combate destruyeron la casa.

### **¿Hasta qué punto es relevante la muerte de Bagdadi?**

La desaparición de Bagdadi constituye un incidente tan fácil de subestimar como de magnificar. El argumento más a mano para lo primero pasa por recordar que la eliminación del líder terrorista difícilmente acaba con la amenaza que representa la organización que aquél deja detrás. Y, ciertamente, así lo corrobora la experiencia. Pero lo cierto es que Bagdadi no ha sido un líder terrorista más. Hablamos, en cambio, del primero que ha sido capaz de establecer un proto-Estado y, lo que quizá sea aún más importante, la primera figura pública de la historia reciente del islam que se ha atrevido a asumir la responsabilidad de restaurar el califato, proyecto abolido por última vez en 1924 en Turquía, pero claramente vinculado a la aspiración del propio profeta Mahoma a extender el gobierno de islam por toda la tierra o, cuanto menos, por todo el mundo musulmán. Por supuesto, la autoproclamación de Bagdadi como último califa y su exigencia de lealtad a los musulmanes de todo el mundo, suscitó la reprobación inmediata de la práctica totalidad de los líderes religiosos islámicos. Con todo, también hemos visto que su mensaje cautivó y movilizó en un tiempo record a decenas de miles de personas en todo el mundo: una cifra incomparable con la de los varios miles de millones de seres humanos que siguen las enseñanzas de Mahoma y que ignoraron las exhortaciones de Bagdadi a sumarse a la yihad. Pero, como también hemos visto,

números suficientes para abocar al caos durante casi cinco años a dos de los países centrales de Oriente Próximo, proyectar inestabilidad y terror a otras muchas naciones de mayoría islámica y, en mucha menor medida, a Occidente, infligiendo sufrimientos y daños humanos y materiales sin cuento. Sin disponer del inmenso carisma, la fortuna y las relaciones con las que contó Osama bin Laden, el primer y mayor artífice del movimiento yihadista global, Bagdadi dio pasos hacia el objetivo anhelado por todos los extremistas islámicos de hoy y ayer que el propio Osama nunca se atrevió a dar. La razón de esa diferencia no radicó en la falta de arrojo del líder saudí, sino en su convicción de que la presente coyuntura histórica aún no estaba madura para el califato. No cabe duda de que, al menos en ese aspecto, el tiempo ha dado la razón a Bin Laden, pero ello no impide reconocer hasta qué grado son peligrosos líderes fanáticos y apocalípticos como Bagdadi. En sentido inverso, y atendiendo exclusivamente a su papel como símbolo y fuente de inspiración, hay que considerar hasta qué punto conviene que esta clase de figuras desaparezcan de escena y en qué medida su desaparición puede resultar decepcionante para sus seguidores, particularmente cuando ello ocurre una vez que el fracaso de su proyecto se ha vuelto evidente. La intrigante figura de Bagdadi se hizo pública en un clima marcado por las fulgurantes conquistas territoriales logradas por el Daesh en 2014 para engrandecer esas victorias vinculándolas al establecimiento de un Estado. En cambio, durante sus últimos años de vida, la imagen del líder quedó empañada por el proceso que llevó a la liquidación del Estado al que él mismo había venido representando. Finalmente, al morir Bagdadi, su califato desprovisto de territorios también se ha quedado sin califa. Se puede alegar que queda el «califato virtual», es decir, su referencia y recuerdo a través del mundo de las imágenes alojadas e intercambiadas mediante soportes digitales. Y conviene no despreciar la influencia de todo ello, pues el propio Daesh ha demostrado cuán eficaces pueden ser las apelaciones a continuar la lucha que se diseminan a través del mundo ciber. Sin embargo, tampoco es absurdo suponer que, con la implosión del proto-Estado que tantas ilusiones movilizó y la muerte de su califa, el citado califato virtual comience a ser visto, al menos para una parte de seguidores potenciales, como una simple ensoñación o un refugio para nostálgicos.

Otra razón que puede conducir a quitar importancia a la eliminación de Bagdadi estriba en la atención más bien exclusiva prestada a su condición de símbolo y figura religiosa.

Desde luego no cabe duda de que experiencia previa como estudioso del islam y predicador marcarían su liderazgo, aportándole las credenciales necesarias para liderar el proyecto del Estado Islámico. No obstante, si se vuelve a revisar su trayectoria militante, como hicimos al principio de este análisis, se advertirá que en ningún caso ha sido aquella la única cualidad que ha definido el liderazgo de Bagdadi. Vale la pena volver a recordar la rápida progresión que experimentó su carrera dentro del movimiento yihadista de Irak y, sobre todo, la difícil situación en la que hubo de hacerse cargo de la organización que luego convertiría en sostén del califato. Sería exagerado decir que el Estado islámico de Irak sobrevivió a la coyuntura crítica sobrevenida tras la eliminación de gran parte de su dirigencia durante los primeros meses de 2010. Pero, de igual modo, no cabe ignorar que fue bajo su dirección que la organización pasó de vivir en la pura clandestinidad, como tendría que volver a hacer tras perder sus territorios, a convertirse en un ejército capaz de conquistar capitales y cruzar las puertas de Mosul como un invasor aparentemente imbatible. Complementariamente, otros detalles biográficos hacen pensar que las altísimas cotas de violencia, crueldad sectaria y sadismo alcanzadas por el Daesh durante los años del califato y el aprovechamiento de todo ello con fines escénicos y propagandísticos no fueron aspectos ajenos a la psicología de un líder cuya obsesión por la pureza religiosa resultó perfectamente compatible con su participación directa en distintos actos de una depravación extrema.

En suma, la muerte de Bagdadi supone un durísimo golpe para Daesh. Golpe moral y psicológico, ante todo, pero que también puede tener consecuencias organizativas. Por un lado, porque fue un líder influyente y eficaz. Por otro, porque su propia muerte viene a agravar la pérdida de credibilidad que su imagen comenzó a sufrir una vez que su proyecto de Estado empezó a desmoronarse.

### **Problemas de la sucesión**

La desaparición de Bagdadi también puede ser valorada como un hecho de relevancia menor, por último, a partir de una tercera presuposición relacionada con el modo previsible en que Daesh pueda reaccionar a tal hecho. La suposición a la que me refiero plantea que el impacto de la eliminación de líderes terroristas suele ser más fácil

de amortiguar para aquellas organizaciones que hayan establecido previamente criterios y procedimientos solventes para facilitar una rápida sucesión y evitar así la gestación de una crisis que puede paralizarlas operativamente o genere el peligro de enfrentamientos entre facciones o disputas entre los distintos aspirantes a tomar el relevo del líder caído. Una vez más, nos encontramos con una suposición corroborada en múltiples casos empíricos y que podría ajustarse al caso que aquí nos ocupa. Fue en 2006, por tanto, cuatro años antes de que Bagdadi fuera elegido como emir del EII cuando parece que esa organización, de la que proviene Daesh, se dotó de criterios propios para decidir las medidas a aplicar en caso de tener que reemplazar a un líder por otro. De acuerdo con lo entonces establecido, se podrían aplicar tres procedimientos igualmente legítimos para elegir a un nuevo emir: que está hubiera sido nombrado previamente por el anterior, que se recurriera al consenso de los «hombres rectos» (es decir, a un acuerdo entre los mandos de la organización) o que los partidarios de distintas opciones combatieran para imponer la propia. Cuando este análisis estaba siendo redactado los portavoces de Daesh no habían reconocido aún la muerte de Bagdadi, por lo que tampoco tenía sentido que se pronunciaran acerca de una posible sucesión. De hecho, puede que la tardanza en dar ese reconocimiento se deba precisamente a que la dirección de la organización prefiera esperar a elegir un nuevo líder antes de hacer ningún comunicado, para transmitir así la impresión de una sucesión tranquila. En todo caso, hemos visto hace un momento que los criterios a los que Daesh podría tratar de ajustar la elección del sucesor de Bagdadi no excluye que esa elección llegue a decidirse mediante el combate, lo que en caso de ocurrir perjudicaría claramente a la organización, reduciendo su capacidad operativa o incluso poniendo en riesgo su supervivencia. Aun así, debe sobreentenderse que los líderes preferirán ensayar cualquiera de los otros dos procedimientos de sucesión contemplados que no pasen por ningún combate interno. Tal vez cuando este análisis salga a la luz o pocos días después ya se conozca el nombre de la persona que habrá de reemplazar a Bagdadi. Dado que Daesh desarrolló una amplia burocracia y puesto en los últimos años muchos de sus líderes han caído combatiendo o han sido eliminados por los ataques de drones estadounidenses, parece probable que la dirección haya preparado la sucesión, acaso habiendo forjado un preacuerdo sobre los mejores candidatos. A este respecto, si bien han circulado rumores de todo tipo, de momento no existe constancia de que Bagdadi hubiera nominado en secreto a su

futuro sucesor. Una persona de la que se había venido hablado para desempeñar ese papel es el portavoz oficial de Daesh Abu Hassan al Muhajir, pero dos misiles estadounidenses disparados en el norte de Siria acabaron con él al día pocas horas después de que Bagdadi se inmolara en Barisha. El pasado verano, Amaq, la agencia de noticias de Daesh, informó que Bagdadi contaba ya con un posible sucesor al que estaría preparando. Se trataría de Abudlá Qardash (aka Abu Omar), un iraquí al que conoció a la prisión de Camp Bucca, versado en el islam, ex oficial del ejército iraquí y miembro de la tribu Quraysh. Tales atributos lo convierten en un buen candidato, pero Daesh nunca ratificó la información, como sí ha hecho con otras piezas divulgadas por Amaq. Además, un familiar de Qardash anunció que aquél había muerto en 2017. Otros nombres que han sonado son los de Abu Othman al Tunisi, un tunecino que preside el Consejo de la Shura, órgano político consultivo de Daesh y Abu Saled al Juzrawi (alias Hajj Abdalá), un saudí que ha trabajado como adjunto a Bagdadi y dirige el Consejo de Delegados. Estas dos figuras presentan el inconveniente de ser extranjeros en Siria e Irak.

De no existir ningún nominado a la sucesión lo lógico es que el método ensayado fuera el de buscar un acuerdo, pero en la actual coyuntura de riesgo a la que se enfrenta un Daesh descabezado tampoco esa alternativa está exenta de dificultades. Durante un tiempo prudencial los mandos de Daesh redoblarán sus medidas de protección y contra-vigilancia. Reducirán al mínimo las comunicaciones internas. Por consiguiente, tampoco es descartable que quienes tengan que participar en la elección del nuevo líder prefieran aplazar cualquier reunión conjunta que les ponga en peligro. Si la decisión sobre la sucesión tardase en llegar podrían surgir tensiones entre los mandos de Daesh. Su actividad operativa tendería a reducirse, rebajándose también su peligrosidad y capacidad de influencia a corto plazo en el escenario sirio e iraquí. Y todo ello podría confundir o decepcionar a sus grupos afiliados y seguidores en otras partes del mundo.

El nuevo líder del Daesh no tendrá la impronta de Bagdadi, sino que tendrá que labrarse una reputación propia, lo que no resultara fácil en la situación que Daesh enfrenta tanto en Siria como en Irak. Cuando el nuevo líder se presente al mundo no lo hará en un escenario de victoria, como el que representó la mezquita de Mosul cuando Bagdadi subió al púlpito. ¿Estará dispuesto autoproclamarse califa, como hizo

entonces su antecesor? Si lo hiciera la proclamación propiciaría duras críticas en el propio seno del movimiento yihadista global. Pues si ya Al Qaida negó a Bagdadi su derecho a asumir semejante título, ¿qué credenciales religiosas y que poderes terrenos podría mostrar al mundo un segundo califa de Daesh? Y hay un último problema: las decenas de miles de militantes que se integraron en la organización juraron fidelidad al califa Ibrahim, no a cualquier emir de Daesh. En consecuencia, su desaparición abre la posibilidad de que altos cargos no confirmen su fidelidad a un sucesor que no coincida con sus preferencias y que algunos o muchos militantes no sientan obligados a seguirle.

### **Daesh puede sobrevivir a Bagdadi**

Una valoración de la muerte de Bagdadí también puede fallar si se exagerase las implicaciones que ella pudiera ocasionar a la organización que él mismo contribuyó a crear. Pese a la importancia de su desaparición hay buenas razones para pensar, que de la misma manera que Al Qaida sobrevivió a Bin Laden, también Daesh podría sobrevivir a Bagdadi. En este sentido, no está de más recordar los orígenes de la organización, que fue creada por Abu Musab al Zarqawi, un líder muy distinto a Bin Laden, pero a su modo tan carismático como él, y cómo su muerte sirvió de acicate a sus seguidores, Bagdadi entre ellos, para continuar avanzando en la senda trazada por el jordano. Por supuesto, advertir que aquella estructura terrorista ya había demostrado una inusitada capacidad para superar dificultades en otras etapas previas no tiene porqué llevar a ignorar las complicadas circunstancias a las que debe hacer frente.

Muy posiblemente, en los próximos meses las fuerzas de Daesh seguirán viéndose sometidas a una considerable presión militar. La inteligencia recabada en la casa donde se encontró a Bagdadi se traducirá en nuevas operaciones con aviones no tripulados y unidades de élite contra otros miembros relevantes de Daesh que podrían tener lugar en Siria y en Irak. A ninguno de esos países ni tampoco a Rusia les interesa que Daesh recobre fuerzas suficientes como para volver a recuperar territorios, por lo que también seguirán usando sus tropas y fuerzas de seguridad contra la organización yihadista. Comparativamente, Daesh lo tiene más difícil en Irak. A diferencia de lo que ocurriera hace años, su ejército ha desarrollado una amplia presencia en las áreas

suníes y frecuentemente puede contar con el apoyo de milicias chiíes y de Irán. Además, Estados Unidos todavía mantiene un pequeño contingente de tropas en Irak.

Pese a todo, existen condiciones para que Daesh siga siendo actor relevante en Siria e Irak, y no es imposible que experimente cierta recuperación. La organización, ciertamente, está degradada, disponiendo de bastantes menos militantes, armas y recursos financieros que los que tenía en 2016. Pero sus capacidades, que sabe emplear bien, gracias a contar con una militancia disciplinada y experimentada, aun son enormes. Estimaciones de la inteligencia estadounidense calculan que todavía hoy Daesh suma entre 22 000 y 30 000 combatientes operando en la clandestinidad en Siria e Irak y Naciones Unidas supone que algo menos de 30 000 combatientes extranjeros que se unieron al grupo siguen vivos y libres. Y también cuenta con suficientes armas y materiales que permanecen almacenados en túneles y otros escondrijos<sup>iv</sup>. Por otra parte, Daesh todavía dispone de fondos y mantiene activa sus redes de financiación internacional con los que puede seguir costeando sus actividades. Según datos ofrecidos por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a mitad del presente año todavía retenía entre 50 y 300 millones de dólares del dinero acumulado durante los años del califato. Es posible que oculte depósitos de antigüedades y objetos culturales con los que podría comerciar, y continúa implicado en una variedad de actividades delictivas destinadas a extraer ingresos. Desde luego, sus actuales fondos son muy inferiores a los que controlaba en 2014-2015 y su capacidad de financiación no es comparable a la de esa etapa, pero sus necesidades económicas tampoco son ya las de entonces, al no tener que sostener el funcionamiento una administración para-estatal. Por último, el aparato de comunicación de Daesh perdió fuerza y funcionalidad entre 2016 y 2017, pero después la organización ha logrado recuperar parte de sus capacidades mediáticas, gracias a lo cual desde mediados de 2018 ha vuelto a transmitir mensajes y divulgar propaganda de forma estándar y regular.

No debería ignorarse que la paciencia ha sido uno de los valores más cultivados por la dirigencia de Daesh, cuando menos desde los tiempos de Abu Omar al Bagdadi, primer emir del Estado Islámico de Irak, responsable del *slogan* *Baqiya wa Tatamaddad* («permanecer y expandirse»), que los militantes de base han aprendido a repetir y que todavía hoy se escucha en los campos de detención donde están retenidos los

familiares de los combatientes capturados en Siria. Animados por ese espíritu de resistencia, Daesh ha sabido adaptar su estrategia a las complicadas circunstancias sobrevenidas tras perder sus territorios, una eventualidad que sus estrategias ya habían previsto varios años antes de que ocurriera. Para empezar a adaptarse después de perder Mosul en 2017, Bagdadi promovió una primera transformación de sus estructuras de mando y control destinadas a facilitar su vuelta a la acción principalmente clandestina. Tras perder el control de Baghuz en marzo de este año, se implementó una segunda reestructuración al unir todas las antiguas *wilayat* (provincias) de Siria en un sola, *Wilayat al Sham*<sup>y</sup> (desde entonces Daesh ha promovido cientos de ataques en distintas provincias sirias, sobre todo en Deir al Zour, Hasaka y Raqqa). Pero Daesh no solo ha cambiado sus estructuras sino también sus prioridades operacionales. Toda actividad militar responde ahora al objetivo de desgastar a sus enemigos, tratando de usar el terrorismo y las operaciones de guerrilla para perpetuar un clima de guerra civil o inestabilidad e impunidad permanente que desanimen a la población, socave su confianza en los gobiernos establecidos y dificulte los esfuerzos orientados a la reconstrucción y la reconciliación. En esa línea, durante su segunda aparición pública antes las cámaras en abril de 2019 Bagdadí animó a sus seguidores a atacar a los enemigos para drenar sus recursos económicos, humanos, militares y logísticos, recordando que «la yihad continuará hasta el día de la resurrección» y que «Dios todopoderoso nos ordenó hacer la yihad, no lograr la victoria».

Por todo lo anterior, la mayoría de los analistas que siguen los conflictos de Siria e Irak anticipan que, por un tiempo difícil de precisar, como mínimo Daesh seguirá siendo una insurgencia peligrosa en ambos países. Sus células clandestinas continuarán realizando atentados oportunistas, principalmente contra civiles. En Irak dispone de células activas tanto en áreas rurales como en núcleos urbanos y la actividad terrorista es frecuente. En Siria la zona que puede verse más afectada por las acciones de Daesh quizá sea sus partes nororiental y oriental. En los últimos meses se han detectado signos de reagrupamiento de células de Daesh en torno a las orillas del río Eufrates. En el noroeste, en cambio, muchos antiguos miembros de Daesh se han pasado a las filas de los grupos yihadistas más fuertes en la región. En el desierto de Sokhna, cercano a la ciudad de Homs, parte central de Siria, Daesh podría realizar ataques esporádicos contra tropas sirias y rusas.

Naturalmente, la actuación de Daesh no estará exclusivamente determinada por sus capacidades y estrategias, sino por las oportunidades ofrecidas por la situación actual y evolución futura de los teatros operacionales en los que tiene presencia directa. La volatilidad y complejidad del escenario sirio podrían beneficiar a la organización. Los espacios de los que Daesh ha sido expulsado no son precisamente un modelo de estabilidad. La ofensiva turca contra las FDS en el noreste de Siria, posibilitada por la retirada de tropas de Estados Unidos, ha generado un vacío de seguridad que podía ser aprovechado por Daesh. Las FDS han tenido hasta ahora una fuerte presencia en la zona de mayor actividad de Daesh en Siria, la provincia de Deir al Zour, en el noreste, y sobre todo en el área desde el sur de Bosaira hasta Diban. Pero la invasión turca del norte de Siria ha reducido la presencia de las FDS en Deir al Zour, ya que sus líderes han marchado a combatir al norte, dando más margen de actuación a Daesh en la zona. Además, se trata de un área habitada principalmente por tribus árabes, que siempre han rechazado a las fuerzas kurdas, al ejército sirio y las milicias chiíes apoyadas por Irán (también presentes) en áreas circundantes a las ciudades, y que podrían colaborar con Daesh, como ya han hecho en los últimos tiempos, permitiéndole atacar a unidades de las FDS. El requerimiento de efectivos de las FDS para luchar contra los soldados turcos también afecta al control de los campos de detención donde están confinados miles de combatientes del Daesh y decenas de miles de familiares suyos (mujeres y niños). En la actualidad hay unos 12 000 combatientes en campos controlados por las FDS (9 000 sirios e iraquíes y unos 3 000 extranjeros). Dichos centros (el más importante el de al Hol, en el noreste de Siria con 68 000 residentes) son mucho más grandes que aquellos otros establecidos por Estados Unidos a mitad de la década de 2000 en el sur de Irak, donde Bagdadi se convirtió en una figura influyente, y corren el riesgo de quedar desprotegidos, en caso de que las FDS optarán por abandonarlos. Por otra parte, en uno de sus últimos mensajes de audio, Bagdadi llamó a liberar a los miles de sospechosos de pertenencia al Daesh y las decenas de miles de familiares suyos (mujeres y niños) que se encuentran en los mismos campos. Y ya se han dado casos de combatientes que han logrado escapar. Por otra parte, se sabe que dentro de esos campos existe un selecto grupo de mujeres simpatizantes del Daesh que adoctrinan a los niños en el espíritu y la ideología yihadistas, ejercen funciones de policía religiosa (*hisba*) y han celebrado tribunales religiosos secretos que ordenaron la muerte de varias mujeres y niños en el presente año. Otro factor a

considerar es la situación del ejército sirio, el cual está ampliando su presencia en el noreste, pero que tiene un margen de actuación limitado contra Daesh, debido por un lado a la falta de hombres y equipamiento suficientes, y por otro, a los otros frentes a los que tiene que atender: combates que tiene que librar en Daraa, en el sur, y en el noroeste, preparación de la campaña sobre Idlib.

A corto plazo, por tanto, el escenario sirio ofrece oportunidades para que Daesh siga actuando, reagrupar y acumular fuerzas. En una perspectiva más larga, la evolución política de Siria, y en menor medida de Irak, tampoco permiten pronósticos demasiado optimistas, lo cual significa que algunos de los problemas estructurales y fuentes de tensión que hicieron crecer el activismo yihadista en la región no desaparecerán en un futuro próximo. Por consiguiente, si la nueva dirección de Daesh consigue resolver el desafío planteado por la sucesión de Bagdadi, no se puede descontar que la organización experimente un cierto resurgimiento.

### **El movimiento yihadista global después de Bagdadi**

Una última cuestión relacionada con la muerte de Bagdadi a la que conviene atender es la de sus posibles implicaciones para la evolución de la amenaza yihadista a nivel mundial. La cuestión tiene tres partes. La primera remite a lo que ocurriría a ese respecto si Daesh desapareciera. Pero esta es también la parte más fácil de responder. Hoy por hoy Al Qaida no solo no ha muerto, sino que, en cierto modo, ha revivido, y sus socios internacionales acumulan incluso más fuerzas que las de Daesh. Así ocurre sobre todo en Afganistán, Yemen, Somalia, Magreb y Sahel y otros lugares. El movimiento yihadista global seguirá activo, por tanto, con independencia de que futuro aguarde a Daesh. Item más: si Daesh se desintegrara, Al Qaida se reforzaría aún más, absorbiendo al menos una parte significativa de sus alianzas.

La segunda parte de la cuestión remite a las posibilidades con que Daesh cuenta en las actuales circunstancias para retener su influencia internacional. Desde principios de esta década, Bagdadi desafió la autoridad de Zawahiri, el líder de Al Qaida, demostrando su determinación a disputarle el liderazgo del movimiento yihadista. Luego, tras proclamarse el califato, Daesh se convirtió en el aparente «caballo ganador» dentro del movimiento. En último término, el yihadismo de orientación global

ha evolucionado en función de la competición entre las dos grandes organizaciones, Daesh y Al Qaida. Una vez que empezó a perder territorios y acumular derrotas surgió la duda de si Daesh podría seguir ejerciendo su papel como referente para otras fuerzas yihadistas, en concreto para las que se habían convertido en sus filiales. Hoy por hoy esa duda no tiene lugar: ninguna provincia (*wilaya*), que es como Daesh llama a sus filiales, ha renegado de tal condición y esta misma primavera la organización ha reconocido cuatro provincias más, en África Central, Turquía, India y Pakistán. Esas se suman a las que tiene base en otros países como Egipto, Libia, África Occidental, Sahel y África Central, Somalia, Yemen, Afganistán, Filipinas, Cáucaso, además de Siria e Irak. Las filiales más potentes son las de Afganistán, Egipto (en el Sinaí), Libia y el Sahel. Por supuesto, esas estructuras, muchas de cuales cuentan con la ventaja de operar en países con estructuras estatales sumamente frágiles y/o afectados por conflictos complejos de alta intensidad, no van a desaparecer en los próximos años. Eso sí, habrá que esperar a comprobar cuál es la respuesta pública que esas filiales dan al cambio de liderazgo cuando este se produzca, momento en que habrá oportunidad de comprobar si prefieren retener la «marca Daesh» o renunciar a ella. A este respecto, en la medida en que el mito del califato ha sido integrado en las narrativas de todas esas filiales, no hay muchos incentivos para desprenderse de la citada marca, de modo que existen bastantes posibilidades de que la mayoría de ellas opte por mantenerla. La situación sería diferente si la dirección central de Daesh colapsara o si sus nuevos dirigentes cambiasen su relación con Al Qaida, lo que nos lleva al último asunto pendiente.

Como se dijo en un apartado anterior, una de las posibles explicaciones de que Bagdadi se encontrara en la provincia de Idlib cuando fue localizado por la inteligencia estadounidense sería que estuviera buscando alguna clase de acuerdo con los grupos yihadistas que ejercen predominio en esa zona y que son afines a Al Qaida. La posibilidad de que Daesh y Al Qaida volviera a colaborar después de su dramático divorcio ha sido planteada en numerosas ocasiones en los últimos años, en la mayoría de los casos con escepticismo. Dos de las principales razones que justificaban ese escepticismo eran la ventaja que Daesh se tomó sobre Al Qaida, lo que restaba interés en la opción de volver a aproximarse y el obstáculo representado por el conflicto de egos protagonizado por Bagdadi y Zawahiri, quienes además no podía permitirse el lujo

de reconocer al otro sin desacreditar al tiempo sus propias posiciones. La situación presente ha cambiado esas dos condiciones, pues con Bagdadi muerto ya no hay supuestamente conflicto entre los máximos líderes de las organizaciones, y con Daesh despojado de sus conquistas territoriales la aproximación a Al Qaida garantizaría su propia supervivencia. Por supuesto, habría otras diferencias que dirimir, pero son menos que las que existían ayer. Una fusión entre Al Qaida y Daesh o la absorción de la primera por la segunda no son muy probables a corto plazo, pero un principio de colaboración, especialmente en Siria, no es ni mucho menos descartable.

*Luis de la Corte Ibáñez\**

Director de Estudios Estratégicos e Inteligencia en el  
Instituto de Ciencias Forenses de la Universidad Autónoma de Madrid

[luis.cortes@uam.es](mailto:luis.cortes@uam.es)

## Bibliografía

De la Corte, L. (2018). La yihad de Europa. Desarrollo e impacto del terrorismo yihadista en los países de la Unión Europea (1994-2017). Informe del Centro Memorial de Víctimas del Terrorismo nº 4. Vitoria: Centro Memorial de Víctimas del Terrorismo.

De la Corte, L (2017). “Cuando el Estado Islámico perdió su Estado. Un análisis estimativo sobre los efectos más probables del fin del poder territorial del Daesh”, *Boletín de Opinión del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 111.

Cafarella, J. y Wallace, B. (2019). Baghdadi Leaves Behind a Global ISIS Threat. *Institute for Study of War*. Disponible en: <http://iswresearch.blogspot.com/2019/10/baghdadi-leaves-behind-global-isis.html>

Callimachi, R. y Hassan, F. (2019). Abu Bakr al-Baghdadi, ISIS Leader Known for His Brutality, Is Dead at 48. *The New York Times*. 21 de octubre.

Cockburn, P (2016). La era de la yihad. El estado islámico y la guerra por Oriente Próximo. Madrid: Capitan Swing.

Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (2019). Vigésimo cuarto informe del equipo de apoyo analítico y vigilancia de las sanciones presentado de conformidad con la resolución 2368 (2017) relativa al EIL (Dáesh), Al Qaida y las personas y entidades asociadas”. Nueva York, 15 de julio. Disponible en: <https://undocs.org/pdf?symbol=es/S/2019/570>

Fishman, B. (2016). *The master plan. ISIS, Al Qaeda and the jihadi strategy for final victory*. Nueva York: Yale University Press.

Zelin, A. (2019). The Islamic State in Syria after the U.S. Withdrawal. *The Washington Institute, Policy Watch 3203*. Disponible en: <https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/the-islamic-state-in-syria-after-the-u.s.-withdrawal>

---

<sup>i</sup> Dato Patrick Cockburn, p. 461.

<sup>ii</sup> Luis de la Corte Ibáñez, “Cuando el Estado Islámico perdió su Estado. Un análisis estimativo sobre los efectos más probables del fin del poder territorial del Daesh”, *Boletín de Opinión del Instituto español de Estudios Estratégicos*, 111, 2017

<sup>iii</sup> Opinión de Colin P. Clarke, the Soufan Group, citado en TNYT.

<sup>iv</sup> Estudio Institute of War

<sup>v</sup> Aaron Zelin.